IX

Julia empezó á languidecer más y más desde aquel día. En vano Cristina y su marido redoblaban sus afectuosos cuidados; en vano la Marquesa, cuya alma era tierna y generosa, prodigaba á la doliente niña cariñosas palabras y muestras de tierna afección. Julia era una flor que se inclinaba hacia la tierra.

Dos meses transcurrieron viéndola languidecer y contemplando cómo su vida se apagaba lentamente; apenas podía permanecer en el lecho, y pasaba semanas enteras recostada en un ancho sillón.

Cristina, durante aquel largo espacio de tiempo, no se acostó ninguna noche, y apenas se recostaba algún rato en su lecho.

Una noche en que el Marqués se había retirado á su cuarto para tomar algún descanso, la agonizante niña asió la mano de la Marquesa y la estrechó con íntima ternura.

—¡Cuánto siento morirme! —murmuró; —¡y cómo me acuso ahora de no haber dominado mi pena en vez de entregarme á ella!

—¿Por qué hablas de morir?—exclamó la Marquesa, besándola en la frente.—Ten esperanza en

Dios, que tal vez te dejará aún por largo tiempo á nuestro lado.

—No, Cristina: me muero—repuso Julia,—y muy pronto; no veré la noche del día que va á empezar, y Dios sabe que lo siento, porque quería haberte pagado tu cuidado y tu cariño. Cuando mi padre se casó contigo casi te aborrecía, segura de que ibas á robarme la mejor parte de su amor; pero ahora veo que tu corazón me lo hubiera devuelto. No importa: ¡hágase la santa voluntad de Dios! ¡Cristina, ama á mi padre, que ya queda solo en el mundo! ¡Hazle feliz!

La Marquesa lloraba. Veía en las facciones descompuestas de Julia que tenía razón al asegurar que le quedaba muy poco tiempo de vida: su pecho se levantaba con un silbido lúgubre; su nariz se había afilado de una manera espantosa; su palidez era ya lívida.

Ya no pudo tomar alimento, y Cristina acercó á sus labios un cordial.

Llegó el día: era uno de los primeros de Octubre, nublado y triste; uno de esos días en que un viento, ya frío, hace caer las hojas secas de los árboles.

Julia se sentía ahogada y suplicó á su aya que abriese la ventana que daba sobre el jardín: una ráfaga de aire empujó á la habitación algunas hojas marchitas.

Julia las miró rodar á sus pies, sonrió tristemente y murmuró en voz muy baja:

—Antes estábais verdes y lozanas y yo también; ¡ahora vosotras y yo volvemos á la tierra!

Pasó la tarde rezando, y aprovechando un instante en que algunos amigos habían sacado á su padre de la habitación y le habían conducido al jardín para que respirase, se despidió tiernamente de Cristina y de su aya, y pidió que le trajesen á su confesor.

Éste, que se hallaba en el palacio de Montbar preparado para acudir al menor deseo de la enferma, entró y la reconcilió, pues hacía dos días que la había administrado los Sacramentos de la Iglesia, hablándole después con dulzura de nuestra santa religión, del cielo y de su madre, á la cual iba á encontrar.

A la caída de la tarde el Marqués se escapó de sus amigos y corrió á la habitación de Julia, deteniéndose, no obstante, como petrificado de espanto y de dolor al verla agonizante ya.

Corrió á ella, llamándola con angustia. Julia abrió sus grandes ojos negros, en los que se pintaba ya la muerte; echó los brazos al cuello de su padre, reclinó en su pecho la cabeza y dejó en aquel abrazo su último suspiro, como si sólo hubiera esperado para morir la ocasión de poder hacerlo en el seno paternal.

—¡Hija mía, hija mía! ¡Yo soy tu asesino!—gritó fuera de sí Mr. de Montbar.—¡Ah! ¡Por qué no me contenté con tu amor y con tu compañía! ¡Miserable de mí!

El aya, que lloraba junto al cadáver, alzó la cabeza al oir estas palabras y miró con terror á la Marquesa, temiendo el efecto que sobre ella podían producir.

Este fué, en verdad, horroroso: la altiva Cristina se levantó con la palidez de la muerte en el rostro, con los ojos centelleantes y los labios temblorosos. Acababa de recibir una herida mortal en su corazón y en su amor propio.

No pensó en consolar á su marido; pensó sólo en que éste la había ultrajado delante de varias personas á quienes no conocía. El pasado apareció á sus ojos, y recordó que ella era la primera que había amado al Marqués, y la primera de los dos que lo había manifestado. Despertóse de repente el orgullo de su sangre española, de su alta clase, de su riqueza, todos los orgullos á la vez, incluso el de su hermosura y el de su talento, y á través de aquel negro torbellino de ideas desoladoras, un pensamiento, candente como un dardo de fuego, penetró su cerebro y descendió á su corazón.

—¿Por qué me he casado con él?—se dijo.—¿Me ha dado posición, riqueza? ¡No! Conmigo ha ganado, y, sin embargo, se arrepiente de su casamiento conmigo. ¡Oh, inútil sacrificio! ¡Oh, lazo odioso! ¡Ahora es cuando conozco mi deplorable ceguedad!

Todo esto lo sintió Cristina con la rapidez del relámpago: cuando salió de la estancia ya no era la misma Cristina que hemos conocido.

X

Una muralla de hielo se levantó entre el Marqués y la Marquesa de Montbar.

Negras nubes de dolor envolvían el alma del desgraciado padre, y este dolor irritaba más y más el orgullo de su esposa, que se levantaba gimiendo en el fondo de su alma.

Ni una palabra de consuelo le concedía; apenas le veía más que en las comidas, que eran silenciosas y tristes; y esta conducta resintió también al Marqués, que necesitaba y esperaba consuelos.

La dulce compañera que había soñado para su triste vida, había desaparecido. Cristina, helada, muda, indiferente, orgullosa, era insensible á su dolor.

Ni él se quejaba, ni ella tampoco; y este silencio prolongaba tan tirante y amarga situación.

Necesaria era, de parte de la Marquesa, una heróica virtud cristiana para sobreponerse á las heridas de su amor propio y consolar á su marido; pero Cristina sólo tenía diez y nueve años, no comprendía el corazón del hombre, ni tenía, en su recto orgullo, bastante generosidad para perdonar.

Así pasó parte del invierno, y la Princesa, su hija y su yerno regresaron del extranjero.

Fedora y el Vizconde comprendieron al instante que un abismo separaba á los esposos: trataron de indagar la causa, y la supieron muy pronto.

Cristina manifestó lo que la había herido á la Princesa; pero no con el llanto, sino con el fuego de la indignación en el semblante, llamándose ultrajada con tanta crueldad como bajeza.

—Este ha sido el pago, término de mis sacrificios por esa niña que Dios ha llamado á sí y de cuya suerte se me acusa tácitamente. ¡Yo creía que merecía gratitud, y he aquí, señora, la recompensa que he obtenido!

—Hija mía—respondió suavemente la Princesa,—nadie merece reconocimiento por cumplir con su deber, y tú no has hecho otra cosa cuidando á la pobre Julia. En cuanto á las palabras que la desesperación arrancó á tu marido, debes, ya que no puedes olvidarlas, perdonarlas de todo corazón.

—¡Imposible!—exclamó Cristina con vehemencia.

—Nada es imposible con una firme voluntad. Hija mía, en las situaciones apuradas de la vida, á la mujer es á la que corresponde ser fuerte y valerosa: no te lo había dicho, porque pensé que jamás serías desgraciada; pero sábelo ahora que te ha llegado la hora de sufrir y de llorar. La tarea de la mujer es mucho más ruda que la del hombre, porque tiene por base casi siempre la paciencia silenciosa y la plácida resignación: si hay nubes en el cielo conyugal, á tí te toca serenarlas.

—¡A mí!—repitió indignada la Marquesa.—¿Se han extendido por mí esas nubes acaso? ¿He traído yo la tempestad?

—No—respondió la Princesa;—pero existe; tampoco la ha traído tu marido: es quizá la mano de Dios, que quiere probarte. Dios hiere lo que no se inclina ante su santo poder: olvida las palabras de tu esposo, y, si no puedes, perdónalas como cristiana; consuélale; no te alejes de su dolor; por el contrario, aproxímate á él para calmarle. El matrimonio es un lazo estrecho, que no debe aflojarse jamás: si la pobre niña que está en el cielo era un obstáculo para tu dicha, ya ha desaparecido; piensa en que su padre necesita tu amor para consuelo.

Cristina inclinó la cabeza sin decir una sola palabra: comprendía que la Princesa tenía razón; pero el calor de sus razonamientos no penetraba en su alma herida y ya fría en sus aspiraciones de amor.

El Vizconde alcanzó mejor resultado con el Marqués.

—He ofendido á Cristina, lo sé—dijo;—he sido imprudente en la manifestación de mi dolor, ¡y, sin embargo, yo la amo con toda mi alma! Mi cabeza extraviada dictó aquellas palabras; mi corazón le está profundamente reconocido por los

cuidados y atenciones que ha prodigado á mi pobre Julia. Vamos ahora mismo á verla para que me perdone.

El Marqués fué al cuarto de su esposa y le tomó las manos con ternura y timidez.

—¡Perdón, amada mía!—le dijo.—Sé que he sido culpable; pero perdona á un padre desgraciado que, en el extravío de su dolor, pudo ofenderte; después he extrañado tu desvío, porque no me acordaba de las palabras que pronuncié: tan independientes fueron de mi voluntad; cuando las recordé, una insensible timidez me impidió acercarme á tí y demandar mi perdón... ahora vengo para que me absuelvas y para asegurarte de que tu amor es la felicidad de mi vida.

Mr. de Montbar estaba tan interesante al hablar así; sus ojos se veían animados por una tan tierna elocuencia, que Cristina le vió tal como le había conocido y amado, y le echó ambos brazos al cuello.

—Si sólo ha sido tu cabeza la culpable—le dijo,—la perdono.

La Princesa y el Vizconde salieron de aquella casa, que antes vestía la tristeza, casi felices, pensando que ya dejaban en ella la alegría.

Pero ¡ay! el primer grano de arena había ya caído en el lago azul del matrimonio: los corazones de Cristina y su marido habían estado separados durante seis meses, y se habían acostumbrado á vivir el uno sin el otro.

El Marqués, á pesar del acendrado amor que profesaba á su esposa, no podía defenderse de la tenaz melancolía que le asediaba; se llamaba siempre el matador de su hija, y veía en sueños la irritada sombra de su mujer y la pálida de Julia que le acriminaban dura y amargamente.

Para distraerse de su continua é insuperable tristeza, se dedicó, con más asiduidad que antes, á los negocios, en los que pasaba la mayor parte del día.

Cristina volvió á la sociedad con la Princesa y con Diana; conocía que su dicha había huído, ó que, al menos, se le había escapado la parte mejor de ella, y cansada de deplorar su pérdida, procuraba aturdirse en las distracciones.

Poco á poco sustituyó á su apasionado amor por su marido una fría amistad: le estimaba, le quería sinceramente; pero ya no le amaba.

Mr. de Montbar, embebecido en sus negocios, en la política y también en su habitual tristeza, no reparó ó aparentó que no reparaba en el cambio que se operaba en su esposa; había hallado en la caza, que le causaba una fatiga corporal, el mejor lenitivo para su melancolía, y se alejaba de París con frecuencia para cazar en algunos de sus sotos: á los cuarenta y cinco años no se piensa en amor como á los veinte.

Sin embargo, amaba con delirio á Cristina y admiraba su sobresaliente talento y las dotes de su noble carácter.

Cristina se cansó pronto de la sociedad: su alma altiva se indignaba de los alardes de coquetería que veía en las demás mujeres; no comprendía el coquetismo su corazón honrado y bueno; y separándose del camino que la mujer sigue generalmente en los salones, era objeto de la crítica de las que los frecuentaban, porque la reserva y el pudor de la joven chocaban con sus costumbres desenvueltas y poco conformes con el decoro.

Diana se había retirado también de los salones: era ya madre de una hermosa niña, dicha que el cielo no había querido conceder á Cristina y que, sin duda, hubiera llenado su vida.

Cristina empezaba á comprender que en su existencia había un vacío inmenso; que estaba sola moralmente; pero cuanto más deseaba una afección profunda, más se disgustaba de las insípidas y vacías galanterías de los jóvenes á la moda, y más huía de ellos.

Llegó, por fin, á encerrarse en su casa y á no salir más que para ir á misa á una iglesia cercana; el hastío enfrió su corazón é hizo palidecer sus mejillas; se desmejoró visiblemente, y después de un año de una vida sin emociones y sin objeto, cayó en una languidez mortal.

Yo creo que Cristina nunca había amado á su marido con ese amor que llena la vida, y que ella, más que nadie, era capaz de sentir.

Su pasión por él había sido una ilusión, un engaño de su mente calenturienta. La niña deseó

amar, y no conociendo á nadie más que al Marqués, se fijó en él y tomó por amor su vaga necesidad de ternura y de afectos.

Cristina, peligrosamente enferma ya, no se quejaba; sonreía siempre, y pasaba su vida recostada en un diván en su cuarto, leyendo ó tocando en su piano tristes melodías, que pintaban el estado enfermizo de su ánimo.

La Princesa se alarmó seriamente de la situación de la joven y se la hizo notar al Marqués. Este llamó á uno de los mejores médicos de París, que ordenó á la paciente un viaje á Italia, pues la consideraba amagada de una enfermedad de pecho.

El Marqués lo abandonó todo; mandó hacer apresuradamente los preparativos de viaje, y salió para Niza con Cristina, que se oponía á partir alegando que no estaba enferma.